

*George Rudé, Revuelta popular y conciencia de clase*, Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, 1981, 242 pp. (Traducción castellana de Jordi Beltrán del original en lengua inglesa, *Ideology and Popular Protest*, Londres, 1980).

*Quedaba aún un largo camino por recorrer antes de llegar a la toma de conciencia de la clase obrera, que no podría sobrevivir sin encontrar un lugar tanto para la acción política como industrial. El cartismo, pese a estar lleno de contradicciones, ya que en él se mezclaban formas e ideas nuevas y viejas (. . .) fue un paso esencial en este proceso.*

De este modo se expresa George Rudé, refiriéndose al movimiento cartista en Gran Bretaña, movimiento protagonizado por obreros en reivindicación de conquistas políticas. La sociedad británica vivía entonces una etapa de consolidación del capitalismo. La conciencia de clase aparecía en forma paralela al avance de la industrialización y la polarización de la sociedad en dos clases antagónicas, rasgo propio de la formación capitalista. Pero la cuestión que motiva este libro es: ¿Cómo abordar el problema de la conciencia de clase antes de que la sociedad fuese industrial y se manifestase la confrontación entre burguesía y proletariado? Por otro lado ¿Cuáles podrían ser los elementos teóricos para el análisis de una sociedad que, siendo capitalista, presentara la existencia en ella de grupos sociales no identificables a aquellas dos clases, tales como campesinos, artesanos, pequeños comerciantes? Estas clases, llamadas “tradicionales”, fueron estudiadas por Gramsci desde el punto de vista de su posible vinculación al movimiento obrero como

unión esencial para el triunfo de la revolución anti-capitalista. Retomando planteamientos gramscianos, Rudé se cuestiona sobre la necesidad de tener en cuenta a estas clases “tradicionales” en el estudio de las sociedades que no sean industriales sino “preindustriales”, en las cuales los términos usados por Marx, conciencia “verdadera” o “falsa”, no son aplicables. Rudé manifiesta que centrar la investigación en los motivos de las revueltas populares es “insatisfactorio” para el conocimiento, ya que se podría caer en una presentación fragmentada del problema y se corre el riesgo de no hacer justicia a toda la gama de ideas y creencias que hay debajo de la acción social y política, sea ésta de los gobernantes estilo antiguo, de la burguesía en ascenso o de los grupos llamados “inferiores”. Este conjunto de ideas subyacentes es lo que el autor llama “ideología de protesta”. Este concepto tiene, a su juicio, validez tanto para la protesta popular como para cualquier otro tipo de protesta.

Para esta ideología de protesta es necesario buscar nuevas teorías, procurando que se ajusten a movimientos populares de épocas diferentes. Rechaza conceptos como los de Oscar Lewis de “cultura de la pobreza”, a causa del tinte de pasividad y aceptación que en él va implícito y su escasa utilidad para una discusión sobre la “ideología de la protesta”. A partir de la distinción que hizo Gramsci entre ideología “históricamente orgánica” e ideología “no orgánica” y basándose en la idea de que, en el periodo de transición del feudalismo al capitalismo, la “ideología de protesta” no fue privilegio de una sola clase o grupo sino que “lo más frecuente es que sea una mezcla o fusión de dos elementos, de los cuales solamente uno es privativo de las clases populares, mientras que el otro se sobreimpone

---

mediante un proceso de transmisión y adopción desde fuera". Al primero de ellos llama Rudé elemento tradicional "inherente" y lo considera como una especie de "leche materna" ideológica, basada en la experiencia directa, la tradición oral o la memoria colectiva. Este elemento "inherente" se une a otro compuesto por ideas y creencias que se toman prestadas de los demás y que a menudo tienen la forma de un sistema más estructurado de ideas políticas o religiosas. Entre ambos tipos de ideologías hay interacciones mutuas. A veces aquéllas más estructuradas, que inciden desde el exterior, han salido de ideas "inherentes" al pueblo. Otras veces el factor "inherente" tiene en su composición elementos del segundo tipo de ideología adoptados y convertidos en "inherentes" por una generación anterior. La diferenciación de ambos tipos de ideología en el curso de un caso concreto es difícil. No es sencillo aislar un elemento "inherente" de otro "derivado" hace menos tiempo.

Uno de los postulados básicos del autor es que el elemento "inherente" por sí solo no puede conducir la rebelión popular muy lejos, más allá de la huelga, la revuelta o la toma de conciencia. "Es evidente" que no la puede llevar a la revolución. Para esto es necesario que se complemente con un elemento "derivado", de naturaleza progresista o conservadora, que se fusionaría al elemento "inherente". Esta fusión se efectúa en etapas y niveles diferentes. Los pasos que Rudé sugiere son: una forma más elemental que se manifestaría por la expresión de consignas, seguida de otra, "levemente superior", en la que se realizaría la incorporación de términos radicales al lenguaje popular. Los medios de transmisión son diferentes según los países pero dependiendo de algunos factores, como

el grado de alfabetización, el carácter urbano o rural, así como el momento de estabilidad social o revolución en que tenga lugar su existencia. La "ideología de protesta" resulta, por lo tanto, de la conjunción de ambos elementos, pero dependiendo, en grado mayor, de las ideas "derivadas" que, a su vez, están condicionadas por las circunstancias imperantes en el momento. Esto, considera Rudé, es válido siempre, tanto para aquellos casos en que surjan formas revolucionarias como para aquéllos en que se adopten formas contrarrevolucionarias. Son tres pues los elementos que, en su opinión, hay que tener en cuenta: el elemento "inherente" o base común, el elemento "derivado", sólo susceptible de ser absorbido en el caso en que su asimilación estuviese de antemano preparada, y el conjunto de circunstancias o experiencias que determinan, en último término, el carácter de la mezcla final. En el curso de su transmisión y adopción las ideas "derivadas" sufren una transformación debida a la "tozudez" de las ideas "inherentes", las necesidades sociales o los intereses políticos de las clases que las absorben.

El libro se divide en cuatro partes. La primera de ellas es la que acabamos de reseñar. La segunda está dedicada a los movimientos campesinos, considerando sus rasgos y caracteres, con referencia a ejemplos concretos, de la Europa medieval, de la Europa de los Estados absolutistas y de América Latina en época contemporánea. Una de las exigencias más frecuentes planteadas por los movimientos campesinos es la confiscación de tierras, pero, en la Europa medieval, la exigencia de la confiscación se veía substituída por peticiones más modestas encaminadas a obtener rentas más bajas o la abolición de algunos derechos señoriales. Las rebeliones rura-

les fueron más frecuentes en la Baja Edad Media, cuando ya el sistema de relaciones feudovasalláticas estaba en descomposición. A veces se llegó a reclamar la desaparición de la servidumbre. La ideología de estos movimientos de la Baja Edad Media o de la época cercana a ella, fue una mezcla de factores "inherentes" nacidos "directamente de las privaciones y frustraciones que padecían bajo la dominación señorial", con ideas "derivadas" transmitidas por los dirigentes de los conflictos, procedentes, a menudo, del bajo clero o de la pequeña nobleza. Los campesinos alemanes que se rebelaron en 1525, unieron a sus aspiraciones de abolición de la servidumbre y los más agobiantes derechos feudales, ideas defendidas por la Reforma luterana, como la petición de mayor libertad para la Iglesia. La dirección de los ejércitos campesinos estuvo a cargo de pastores protestantes. En los episodios franceses del siglo XVII una de las causas principales de rebelión era la gabela o impuesto sobre la sal, observándose igualmente disturbios numerosos a causa de los precios y los derechos exigidos por los señores. Al ocuparse de América Latina destaca los matices raciales y la lucha por la supervivencia étnica que ha acompañado a la lucha por la libertad económica. Otros rasgos distintivos que resalta son el "profundo abismo" entre el poblado y la ciudad, la situación de los sindicatos en el momento de su surgimiento en 1920, haciendo frente a los problemas de organización de unas masas rurales de peculiares características.

La tercera parte está dedicada a algunas revoluciones, la Inglesa de mediados del siglo XVII, la de Independencia de los Estados Unidos, la Francesa de 1789 y los movimientos revolucionarios de Francia en el siglo XIX. El denominador común es que

tuvieron lugar en un período "preindustrial". Los contendientes principales fueron la burguesía y la aristocracia, pero contando con un elemento popular "que luchaba por conseguir un lugar al sol. . ." En el caso de la Revolución Inglesa caracteriza al Estado de los primeros Estuardos como un "despotismo en desarrollo". Los grupos sociales que intervinieron en la revolución reflejaban una ideología que no permaneció estática sino que cambió en el proceso de la lucha. La ideología dominante la proporcionaron los comerciantes y la *gentry*, los cuales pusieron en marcha el movimiento y dotaron a la revolución de líderes en los condados, las ciudades y el parlamento. Sus ideas principales fueron tanto seculares como religiosas: protección a la propiedad, el comercio y las "libertades" contra el despotismo del rey, contra el papismo de Laud. Esta ideología tendió a hacerse común a todos los participantes en la lucha. Pero los grupos "inferiores" aportaron también su ideología a la revolución. Los principios puritanos formaban parte de ella.

En la Francia del siglo XIX, pese a la lentitud del cambio social, en comparación a lo que ocurría en Gran Bretaña, en la década de 1820 los obreros substituían a los *sans-culottes* en el papel de protagonista principal de la respuesta social. En 1830, la alianza de obreros y burguesía liberal se soldó en una victoria que vino a beneficiar los intereses del segundo grupo, pero los obreros no se resignaron y empezaron a presentar sus propias reivindicaciones. A partir de 1831, empezó a salir a la luz la prensa obrera. En la década de 1830 y 1840 estallaron insurrecciones obreras en París y Lyon en las cuales "nació la clase obrera francesa". Estos movimientos franceses del siglo XIX tuvieron mucho en

---

común, aunque surgió cada uno de ellos como respuesta a problemas y situaciones muy concretas. En Francia la sociedad se iba haciendo burguesa, industrial. Pero, subsistieron durante mucho tiempo, en número considerable, clases tradicionales, grupos intermedios y campesinado.

La cuarta parte del libro está consagrada en sus diferentes capítulos a la Gran Bretaña, como ejemplo de transición hacia una sociedad industrial. Los disturbios del siglo XVIII fueron muchas veces protestas contra los cambios que se daban en el campo como reflejo de la introducción de formas capitalistas, por ejemplo contra el cercamiento de tierras. Estallaron también conflictos por motivos de salarios, contra el empleo de mano de obra barata, contra la introducción de maquinaria en las empresas, por los precios de los alimentos. En el país, la ideología de la multitud londinense se diferenciaba del resto. El elemento "derivado" se expresaba en forma de consignas. Los rasgos comunes de la protesta en la época fueron la acción directa, la violencia contra la propiedad, sin buscar el daño físico de los propietarios, la espontaneidad, el cuidado en la elección de los blancos de la agresión. . .

Con el desarrollo de la industria y el comercio cambió la naturaleza de la protesta popular que fue despojándose gradualmente de la pauta "preindustrial". Empezó a hacerse más rara la protesta basada en la acción directa, así como los motines causados por problemas de víveres, y la destrucción de máquinas. La espontaneidad dio paso a la organización. Aparecieron los líderes estables salidos de las filas obreras. En la primera mitad del siglo XIX hubo una pervivencia de formas viejas y nuevas, debido a que las clases "tradicionales" subsistían. El movimiento cartista fue una prueba de ello y es

el mejor ejemplo en el estudio de la desigualdad del proceso de transición a una sociedad industrial, por la disparidad que en él se dio entre sus líderes y sus actividades que variaban de una región a otra. La protesta rural fue más resistente al cambio que la industrial.

Finalmente, Rudé se ocupa del caso de la Gran Bretaña industrial. Después de la derrota obrera de 1850 vino un período de calma de la actividad de protesta en la cual al afianzamiento del capitalismo proporcionó una prosperidad a los trabajadores británicos, que influyó, en gran medida en la moderación de sus reivindicaciones. El gobierno favoreció la tranquilidad estimulando la emigración al Canadá y a Australia. Se difundieron, en este período, ideas preconizadoras de la paz social, nació la llamada aristocracia del trabajo y se difundió, por diferentes métodos, una cultura destinada a substituir a aquella "impregnada" por la tensión social, popularizando ideales de frugalidad, progreso personal, perfeccionamiento, disciplina, elevación moral, etc. Hacia 1880, sobrevinieron una serie de crisis en la industria británica que coincidieron con la primera penetración de ideas marxistas en los sindicatos, pero el auge del imperialismo dio a muchos trabajadores británicos el sentimiento de superioridad sobre sus "hermanos de ultramar". La ausencia del socialismo teórico, según el autor, limitó la conciencia de clases, pero concluye que, pese a que el recuerdo del imperio se mantiene aún en muchas conciencias nostálgicas, el futuro no está por eso decidido.

**María Fernanda G. de los Arcos**